


ALBERTO GONZÁLEZ CASADO  
MARIA ANTÒNIA SABATER MONTSERRAT  
MARIA PAU TRAYNER VILANOVA

GUERILLERA, MUJER  
Y COMANDANTE DE LA  
REVOLUCIÓN SANDINISTA

MEMORIAS DE LETICIA HERRERA

**Icaria**  La mirada esférica

# ÍNDICE

Prólogo 7

Introducción 13

## PRIMERA PARTE EL AMANECER

1. Huellas familiares y primeros pasos 21
2. Rompiendo y amaneciendo 33
3. De hija a mujer 45
4. Prueba de fuego y nuevos referentes 57

## SEGUNDA PARTE EL SOL EN SU CENIT

5. De la rigidez de las estructuras militares a la ternura de madre 83
6. Valor de mis estrategias 107
7. Clandestina 127

8. Intuición al servicio de la libertad: el operativo de la casa de Chema Castillo 143
9. La división del Frente, la muerte de Carlos Fonseca y otras compañeras y compañeros. Tiempo de tormentas 185
10. Mi nuevo yo 235
11. La insurrección en León. El Frente dirigido por mujeres 259
12. El triunfo y consecuencias personales 283

#### TERCERA PARTE

#### LA TARDE

13. La participación en el poder 299
  14. Soy y seré militante de la causa sandinista 319
  15. «Los perros ladran, Sancho, señal que cabalgamos» 333
- Epílogo: Las mujeres en el proceso de liberación en Nicaragua 351
- Anexos 373

# PRÓLOGO

## EL SUEÑO DE LETICIA HERRERA

Sabemos que de las provincias del Virreinato de Nueva España, que después conformarían Centroamérica, Nicaragua fue, ya desde comienzos del siglo XIX, la manzana de la discordia entre los imperialismos más pujantes de la época: la Pérfida Albión, entonces en el cenit de su poder, y su cachorro, los Estados Unidos de América. Y la razón de las codicias imperiales no era solo su promisoría riqueza minera y agrícola, sino principalmente que ofrecía las mejores condiciones para la construcción de un canal interoceánico a través del río San Juan, el lago Cocibolca y el istmo de San Jorge.

No es casual que andando los años fuera precisamente en Nicaragua donde se localizaran la Compañía del Tránsito y el proyecto esclavista de William Walker. El exceso de ventajas comparativas que ofrecía desde entonces ese país lo llevó fatalmente, en los inicios del siglo XX, a ser la pieza principal del proyecto de dominación de Estados Unidos en Centroamérica. De modo que, removido el obstáculo que representó el presidente Zelaya a los planes imperiales, desde las primeras décadas de dicho siglo se sucedieron las ocupaciones e intervenciones de los Estados Unidos, acompañadas de los arrumacos bufonescos de los vendepatrias que, en continua sucesión desde Adolfo Díaz hasta el clan Somoza, llenaron de ab-

yección, arbitrariedad y corrupción setenta años decisivos (1909-1979) en la historia nicaragüense; hecha excepción del luminoso decenio de la gesta de Augusto César Sandino, General de Hombres Libres, y de la heroica lucha que culminó con el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional el 19 de julio de 1979.

Los Somoza que malgobernaron Nicaragua entre 1936 y 1979 respondían al patrón de todos los dictadores que plagaron nuestro continente durante gran parte del Siglo XX. Su poder descansaba en el «placet» más o menos explícito del Gobierno de los Estados Unidos y se materializaba en unas fuerzas armadas que, en último término, respondían igualmente a dicho Gobierno. Era un poder personal del tirano, nepotista y corrupto, ejercido sin condiciones ni cortapisas de ninguna especie; pero con una fachada republicana, legalista y pseudodemocrática generalmente presidida por una Constitución en la que aparecían proclamadas todas las garantías y libertades. Y el resultado de ese estilo de gobernar era que, en el caso de los Somoza, al cabo de los años, la familia controlaba o participaba en la mayoría de las empresas del país, y era dueña de inmensas posesiones en el agro. Pero todo esto funcionaba en la medida en que el dictador cumpliera la parte que le correspondía en su trato con el Imperio: ser el bastión del anticomunismo en su país, y colaborar con sus iguales de la región en las tareas de rastrear, localizar y destruir todo aquello que atentara contra los intereses del susodicho Imperio.

Ahora bien, a decir verdad, aquella comparsa inverecunda de los traidores estuvo jalonada una y otra vez por frecuentes brotes de heroísmo y dignidad de parte de muchos nicaragüenses: desde el general y jurisconsulto Benjamín Zeledón, que se enfrentó a la marinería yanqui en 1912, hasta el obrero Augusto Sandino, gene-

ral graduado y condecorado por la metralla enemiga; desde el poeta Rigoberto López Pérez, heroico magnicida, hasta Carlos Fonseca Amador, fundador y máximo dirigente del Frente Sandinista; pasando por las gestas de Olama, Mollejones y El Chaparral, y las guerrillas de Chale Haslam, Julio Alonso Leclair, el Frente Revolucionario Sandino, etc.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional resulta de la fusión, en 1962, de varios grupos insurgentes que habían pasado la prueba de fuego de la represión somocista. Estaba integrado principalmente por jóvenes de ambos sexos de los más diversos estratos sociales: desde estudiantes acomodados de secundaria y de universidad, hasta campesinos semianalfabetos. En jornadas de protesta y de resistencia y en la clandestinidad de las ciudades y de las montañas aprendieron a organizarse, a reclutar nuevos adeptos, a subsistir en las peores condiciones, a combatir en todos los terrenos contra un enemigo implacable, especializado en asesinar. Y el Frente Sandinista, con poquísimos recursos humanos, bélicos y financieros, pero con una férrea voluntad y una firme esperanza de triunfo sobrevivió a la sangría perenne de su militancia durante diecisiete años; se hizo cada vez más fuerte y numeroso; pasó a la ofensiva y el 19 de julio de 1979 derrotó finalmente a Somoza y su otrora invencible Constabularia. Todo eso es historia.

Pero no se puede olvidar que desde la fundación del Frente hasta la derrota militar del Gobierno del último Somoza transcurrieron diecisiete años de lucha e indescriptible sacrificio, con sus meses, semanas y días que a veces parecían interminables, frente a dificultades que en ocasiones parecieron insuperables. Aparte de voluminosas obras de síntesis donde se exponen los grandes acontecimientos que llenan el período insurreccional, también la

crónica minuciosa de esos días de lucha ha sido contada de distintas maneras por varios de sus protagonistas; y Leticia Herrera Sánchez, «Miriam», la comandante guerrillera Leticia Herrera, es una de esos protagonistas.

Su relato, se presenta en la forma de una extensa entrevista. El diálogo que se entabla entre la comandante Herrera y las entrevistadoras y el entrevistador está configurado de manera que nos permite escuchar la voz de Leticia con sus modismos e inflexiones espontáneas, en el lenguaje popular de los nicaragüenses que es, como los de los otros pueblos latinoamericanos, un español pintoresco y lleno de riqueza. Lo cual molesta a algunos: sé de un editor que rechazó el manuscrito diciendo que «eso no era español»; y posiblemente su reacción podría repetirse en muchos lectores que no conciben el habla como vida, sino como pirueta de salón.

En esta memoria Leticia nos habla con fuerza, con rudeza que nos arrastra a compartir sus vivencias, hasta casi sentir las en el tiempo mismo en que ella las vivió. Nos cuenta de su infancia y juventud; de su militancia desde colegiala en organizaciones de izquierda de Costa Rica y Nicaragua; de su estadía en la Unión Soviética y de su final incorporación al Frente Sandinista, con poco más de veinte años.

Es a partir de allí que nos cuenta de las casi insuperables dificultades que entrañaba para aquel puñado de muchachos y muchachas que formaron el núcleo germinal del Frente persuadir, conquistar, disciplinar, organizar, informar, educar, entrenar, motivar, apoyar, alentar, sostener a cada nuevo miembro de la organización, para convertirlo en un «cuadro» apto para sobrevivir a las penurias y enfrentar la lucha en cualquiera de sus escenarios.

Para vencer ideológica y militarmente a una tiranía consolidada y a una clase gobernante corrupta pero astuta y truculenta, había que trocar estudiantes, obreros y campesinos comunes y corrientes en hombres y mujeres disciplinados, estudiosos, convincentes, austeros, valerosos, serenos, prudentes o audaces según el momento; en suma, había que producir heroínas y héroes; y el Frente Sandinista los produjo mediante el denodado, incansable esfuerzo que significa la forja de una militancia revolucionaria.

Leticia nos cuenta de esas mujeres y de esos hombres capaces de aquel sobrehumano esfuerzo; y de sacrificar incluso sus vidas y las vidas de sus seres queridos, cuando fue necesario. Pero también nos cuenta con absoluta claridad y franqueza, con pelos y señales, de las desviaciones, del autoritarismo, del oportunismo de muchos dirigentes; de sus mezquindades y sus prejuicios machistas, su acoso sistemático de las compañeras comprometidas con la causa; sus rivalidades y torpezas. En relación con la igualdad de género durante la insurrección, se duele especialmente de la decisión invariable de los dirigentes sandinistas de no confiar mandos importantes a las mujeres, a pesar de que muchas de ellas demostraron tener las condiciones requeridas para su desempeño. En fin, nos enseña que la Revolución Popular Sandinista se hizo también con la presencia y sobreviviendo a la influencia de todos esos elementos negativos; con lo cual nos confirma elocuentemente a través de su testimonio que las revoluciones triunfantes no suelen ser vuelos rectilíneos, immaculados y puros, sino procesos atormentados, contradictorios y azarosos en los que, junto a los más altos ideales se infiltran pasiones y tendencias de toda índole.

Fuerzas poderosas impidieron que la Revolución Sandinista se desarrollara en un ambiente de paz y bienestar; que culminara su



proceso de desarrollo de acuerdo con los planes que inicialmente se había forjado. El sueño de Leticia Herrera, al igual que el sueño de muchos fervientes revolucionarios de todo el mundo de una Nicaragua socialista y próspera, quedó frustrado.

Leticia, sin embargo, conserva el tesoro de su buena fe; la conciencia de que siempre se esforzó por dar lo mejor de sí por la causa de la Revolución. Ante las preguntas de un periodista en una entrevista reciente, resumió con estas palabras su talante y su actitud vital y revolucionaria:

Yo no fui a pasear a Nicaragua; fui a luchar contra la dictadura de los Somoza, tampoco me vine a esconder en La Uruca, cuando la lucha insurreccional. Tiré plomo en Nicaragua y arriesgué la vida muchas veces. Sigo creyendo en las posibilidades del ser humano de transformar su realidad social, con lucha, con trabajo, con resistencia, con actitud consciente y crítica, con articulación de ideas transformadas en acciones, con organización y con el respeto a las distintas y variadas formas de lucha que escojan los seres humanos. Yo no niego ninguna forma de lucha. Yo sé que la lucha armada es una forma terrible, que algunos tuvimos que escoger porque se cerraron otras opciones en su momento.

Naranjo, marzo de 2011.

WALTER ANTILLON

# INTRODUCCIÓN

¿Por qué nos hemos planteado hacer este libro?

Las tres personas implicadas en el trabajo, unas más, otras menos, hemos tenido contactos con Nicaragua durante la Revolución sandinista.

En los años ochenta estuvimos en ese país, hecho que ha marcado nuestras vidas.

Muchas experiencias profundas y vitales nos demostraron que aquella utopía que algunos humanos quisieron para toda la sociedad, con matices en personas y hechos concretos, era posible.

Vivimos:

- Un mundo abierto al cambio.
- Una sociedad oprimida que había vencido al principal opresor.
- Gente, mucha gente pobre, que pudo aprender a leer y escribir, y por primera vez pudo cultivar «sus tierras».
- Todas las personas creaban poesía, cantos, fiestas...
- La solidaridad era lo que se palpaba y se vivía. Podía verse por las calles y en las casas.

Poco tiempo duró esta realidad en plenitud, porque... si triunfaba plenamente, demostraba al mundo entero que «otro mundo era posible».

Pero no. Los poderes políticos imperiales del capitalismo e imperialismo truncaron el proceso liberador.

La Contrarrevolución, dentro y fuera del país, fue minando los fundamentos frágiles de otro vivir para los pobres.

Fue una experiencia profunda, alegre y dolorosa a la vez.

Hemos dicho que la Revolución marcó.

Nuestras vidas han seguido atadas a personas y organizaciones nicas.

Todos los años hemos ido comprobando el cambio. Verano tras verano, veíamos cómo se paralizaba una Revolución y se fueron creando unas estructuras que desde el liberalismo han vuelto a sumergir al pueblo en la desesperanza hasta...

Ahora existe una gran expectativa, pero muchas cosas se han roto. Otras se recomponen, pero el pueblo no sale de su pobreza.

Quienes estuvimos allí en los años revolucionarios, hemos seguido interesándonos por la gente, y como indiscutiblemente pasan los años, y estos son especialistas en el olvido de lo vivido, nos planteamos la posibilidad de escribir estas letras para reflexionar sobre aquello que fue, que hubiéramos querido que continuara, aunque el tiempo, este tiempo apisonador, a veces lo quiere borrar.

La Revolución que quería los derechos para los hombres, para las mujeres y para los mimados de esta Revolución, los niños y niñas, nos hizo plantear la posibilidad de pedir a Leti su colaboración.

Era por el año 1995 que fuimos a pedirle si podía contestarnos a unas preguntas para un librito de posalfabetización que hacíamos para la Casa de la Mujer «Sonia Bello» de Ribas, pues queríamos resaltar el trabajo y la participación de las mujeres que habían sido activas en los años ochenta. Así conocimos a Leti, y descubrimos la importancia que tuvo en la «pura Revolución».

Decidimos hacer lo posible para saber de su vida.

Han pasado unos años pero, firmes en nuestra inicial decisión, hicimos casi lo imposible por entrevistar largamente a esta persona que nos ha ofrecido su vida como mujer, como comandante y como guerrillera.

Estamos en 2009 y hace unas horas que Leticia ha regresado a Costa Rica por cuestiones de su trabajo actual.

Carmen, empleada doméstica que estuvo con ella en plena lucha en León irrumpe donde estamos desayunando:

—Miren, ustedes han trabajado mucho y sabrán de lo que hizo y les dijo Leticia, pero tienen que tener presente que la Comandante es muy sensible, además de recta y disciplinada. Ella tiene muchos sentimientos. Es muy humana. En las sesiones de evaluación de nuestro trabajo y estudio como brigada del colegio Olo Pantoja nos decía: «hay que cumplir las normas, pero deben preocuparse de cómo se sienten las personas que trabajan con ustedes».

—Carmen —le decimos— tus palabras nos orientan para escribir con más cariño las memorias de Leticia, la mujer comandante guerrillera, porque este último calificativo de «guerrillera» podría desdibujar unas de las facetas más interesantes de su personalidad.

Leticia, como mujer, supo captar, desde pequeña, la importancia y lo que condiciona una militancia de izquierdas en tiempos de dictadura.

Su sensibilidad agudizó sus valores de observación, disciplina y clandestinidad.

La búsqueda para la construcción de un mundo mejor queda reflejada en este poema suyo:

«Cuando el cansancio me agobia  
y lo físico de mi estructura languidece,  
resurge mi espíritu como el Ave Fénix  
y se pierde en el infinito  
para solazarme con la libertad.»

Los objetivos de una vida son buenos si logran el valor de la libertad.

Ya hemos expuesto que nuestra amistad con Leticia viene de hace varios años. El compartir sus vivencias nos había suscitado la idea de que su vida debía llegar a más gente que conocía y amaba Nicaragua.

La dedicación a la familia no le permitía emplear horas y más horas para organizar documentación y construir un libro... Hasta que un día planteamos una estrategia de lucha. ¡Qué cosa mejor para una comandante guerrillera!

En 2008, proyectamos unos días intensos en la Laguna de Apoyo. Hablamos con su hijo Camilo y su hija Diana y determinamos los días y el material necesario. Alberto no logró unirse al grupo por dificultades en su trabajo en Bolivia.

Nuestro objetivo iba tomando forma: haremos una larga entrevista que sea un paseo por toda la vida de Leticia.

Nos fue bien, muy bien, y concretamos el segundo paso: la transcripción.

Al cabo de un año nos reunimos para dar forma al libro, corregir, comentar y ¡ahí lo tienen! Un trabajo de amistad y solidaridad que nos hace revivir los años inolvidables de la Revolución sandinista. No fue un espejismo. Repasamos nombres, hechos, muertes, victorias...

Le agradecemos a Leticia que nos haya dejado entrar en su vida y hacer posibles estas páginas que hablan de generosidad, ideales, luchas y ternura.

Su sensibilidad de mujer, su realidad materna, su sentido de justicia y transparencia, entrega y constancia, labró su personalidad demostrando que las mujeres son capaces de alcanzar metas que muchas veces la sociedad solamente reserva para los hombres.

Mujer no es sinónimo de fragilidad, puede ser realidad de constancia, tesón y estrategia, que se tiene que llevar a cabo para lograr los objetivos, sin olvidar los detalles mínimos que pueden ser decisivos para forjar una red de clandestinidad, segura para los que deciden dedicar su vida en pro de la liberación de los pueblos y las personas, priorizando aquellas y aquellos que por su condición humilde son utilizados en beneficio de unos pocos con poder.

Su vida es un ejemplo de cómo las estructuras machistas sacan provecho de la gran capacidad de organización y lucha de las mujeres, para más tarde, de una manera sutil, lograr excluirlas de los sitios de decisión y poder.

La vida de Leticia no se rompe, crece, madura, se consolida y puede decirse que logra gozar de aquella profunda libertad que intuyó, labró y alcanzó en su vida al servicio de su pueblo.

A . GONZÁLEZ CASADO  
M.A. SABATER MONTSERRAT  
M.P. TRAYNER VILANOVA